



Vitoria, 3 de marzo (2018), de Víctor Cabaco

Por IGOR BARRENETXEA MARAÑÓN

No es nada común encontrar cine político en España y, sobre todo, que se refiera a unos hechos tan controvertidos como los enfrentamientos entre trabajadores y los “grises”, en el arranque de la Transición, en 1976. El punto de vista elegido del director resulta acertado, reconstruye con rigor una época, utilizando para ello a personajes (actores que hacen una buena labor, pero no son primeras espadas) que parecen extraídos de aquellos años. Una acertada ambientación, conjugada con imágenes de archivo, en un alarde de montaje muy encomiable, junto a una cuidada banda sonora (con la

emblemática canción *A galopar*, de Paco Ibáñez, o *Campanades a morts*, de Lluís Llach), nos retrotraen con singular presteza a ese pasado.

Trama sencilla, donde se nos muestra a unos personajes atrapados por las circunstancias, una familia de clase media que vive estrecheces, con una hija adolescente, Begoña, enamorada de un sindicalista, Mikel; la madre tiene una relación extramatrimonial con un empresario y el padre, un periodista venido a menos, debe renunciar a su integridad profesional por su familia. Aunque la temática parece sacada de una subtrama de *Los santos inocentes* (1981), de Miguel Delibes, resulta una narrativa auténtica y vivaz. La película nos va guiando por los días previos a la matanza perpetrada por la policía en el barrio de Zaramaga, en la iglesia de San Francisco, donde se reunió una asamblea de trabajadores que había paralizado todo Vitoria. La desnuda apuesta no menciona a actores políticos de renombre ni a partidos, sino que nos ofrece una mirada áspera de lo que fue esa herencia del franquismo donde no todo fue paz, concordia y prosperidad como festejaba el régimen. Pues, aunque Franco había muerto el 20 de noviembre de 1975, todas las estructuras de las instituciones de la dictadura estaban intactas.



Los trabajadores exigieron y reclamaron mejoras sustanciales en sus condiciones laborales por todo el país y Vitoria se convertiría en el símbolo de esa lucha. Todavía estaba prohibido el derecho de reunión, manifestación y huelga, e imperaba el Sindicato Vertical, cuyo valor de presión y reivindicación era nulo. Y hasta la aprobación de la Ley de Reforma Política, tardarían unos meses en impulsarse las primeras elecciones democráticas, el 15 de junio de 1977. Solo con la aprobación de la Constitución, en 1978, se pudo dar entrada a una reforma de los derechos laborales de los trabajadores. Tal vez, la trama parece de no ser más ambiciosa, de ser demasiado contenida y no bucear en exceso en las cloacas de los resortes del poder, como ha hecho el incisivo cine de Costa-Gavras, pero es lo suficientemente adecuada para abrir brecha y recrear con mucho valor un tema tan delicado y sensible: la batalla

entre las instituciones del régimen, la patronal y las autoridades civiles-militares, frente a una clase trabajadora movilizada, que exigiría cambios importantes y que sería tratada con suma violencia.

El punto final del filme es, ante todo, terrible y sublime a partes iguales porque, cámara en mano, lo que hasta ese momento parecía solo pura ficción se revela como una historia verdadera, introduciendo con mucha habilidad imágenes de archivo y las grabaciones auténticas de las comunicaciones de la policía. Unas fuerzas de seguridad que, por mucho que se las pueda defender ahora, entonces, estaban tamizadas por la brutalidad y la incapacidad de actuar con mesura, incluso, en actos pacíficos. El recordatorio de los cinco hombres muertos en Vitoria y más de un centenar de heridos, a los que se sumaron otros dos fallecidos en Tarragona y Basauri días después, nos hablan de una transición turbulenta.



El novel director también simplifica muchos aspectos que podrían ser muy controvertidos, incluso hoy día,

como sería el efecto de los atentados de ETA y su pretendida infiltración en los sindicatos. Pero destaca otros, como el

papel clave que tuvieron las autoridades en el drama y la *manipulación* de los medios que intentaron llevar a cabo para acallar la protesta obrera. La película, en todo caso, con sus virtudes y debilidades, es una buena lección de historia en imágenes, aunque sea ficción, abre una veta poco tratada en el cine español (salvo de forma esporádica y puntual) que nos permite desvelar con brío e intensidad, por un lado, todos los sacrificios que se hicieron para la mejora de la sociedad (jornadas laborales de 40 horas, seguros, prestaciones, etc.) por parte de las clases obreras y, por otro, la mala memoria de

la sociedad española sobre ciertos hechos sobre los que nadie ha exigido responsabilidad, en ese borrón y cuenta nueva aprobado en la Ley de Amnistía de 1977, y que tantas controversias sigue generando.

La larga secuencia final es digna de destacar porque reproduce con exactitud y acabado realismo lo que sucedió en aquella caótica y fatídica jornada, el asalto a la iglesia por parte de la policía con gases lacrimógenos, disparos con pelotas de goma y fuego real, aun cuando se sabía que aquello solo podía traer consigo una *masacre*.



Realidad y ficción se mezclan, se acomodan de una forma muy digna y valiente, no es un tema fácil de tratar ni de recrear, ya que darle veracidad y credibilidad viene anudado a los logros de atrezo y de localizaciones que nos facilitan una memoria incómoda (así, la crítica del diario *ABC* no puede ser más negativa por eso), pero siempre necesaria. Donde no se trata de hablar de buenos y de malos, porque los malos no dejan de ser españoles, funcionarios

del Estado a los que se les pagaba para garantía del orden público y defensa, pero que en aquellos años no dudaban en utilizar de forma brutal y sin trabas la violencia y las torturas para intentar acabar, torpemente, con la disidencia. *Vitoria, 3 de marzo*, resulta ser un buen homenaje a aquellos hombres y mujeres que sufrieron por hacer de este país lo que es, mostrando que el único extremismo amenazante (aparte del terrorismo) fue la represión policial y

las viejas inercias legadas por la feroz e iracunda dictadura más allá de la muerte de Franco.

Producción: Departamento de Cultura del Gobierno Vasco / ETB / Gariza Films / ICAA / Sonora Estudios (España, 2018)
Dirección: Victor Cabaco. **Guion:** Hector Amado y Juan Ibarondo. **Música:** José Luis Canal. **Fotografía:** Gaizka Bourgeaud.
Intérpretes: Ruth Díaz, José Manuel Seda, Alberto Berzal, Mikel Iglesias, Amaia Aberasturi, Iñigo de la Iglesia, Iñaki Rikarte, Asier Macazaga, Oti Manzano, Pepe Penabade, Ane Pikaza. **Color. Duración:** 90 min.

